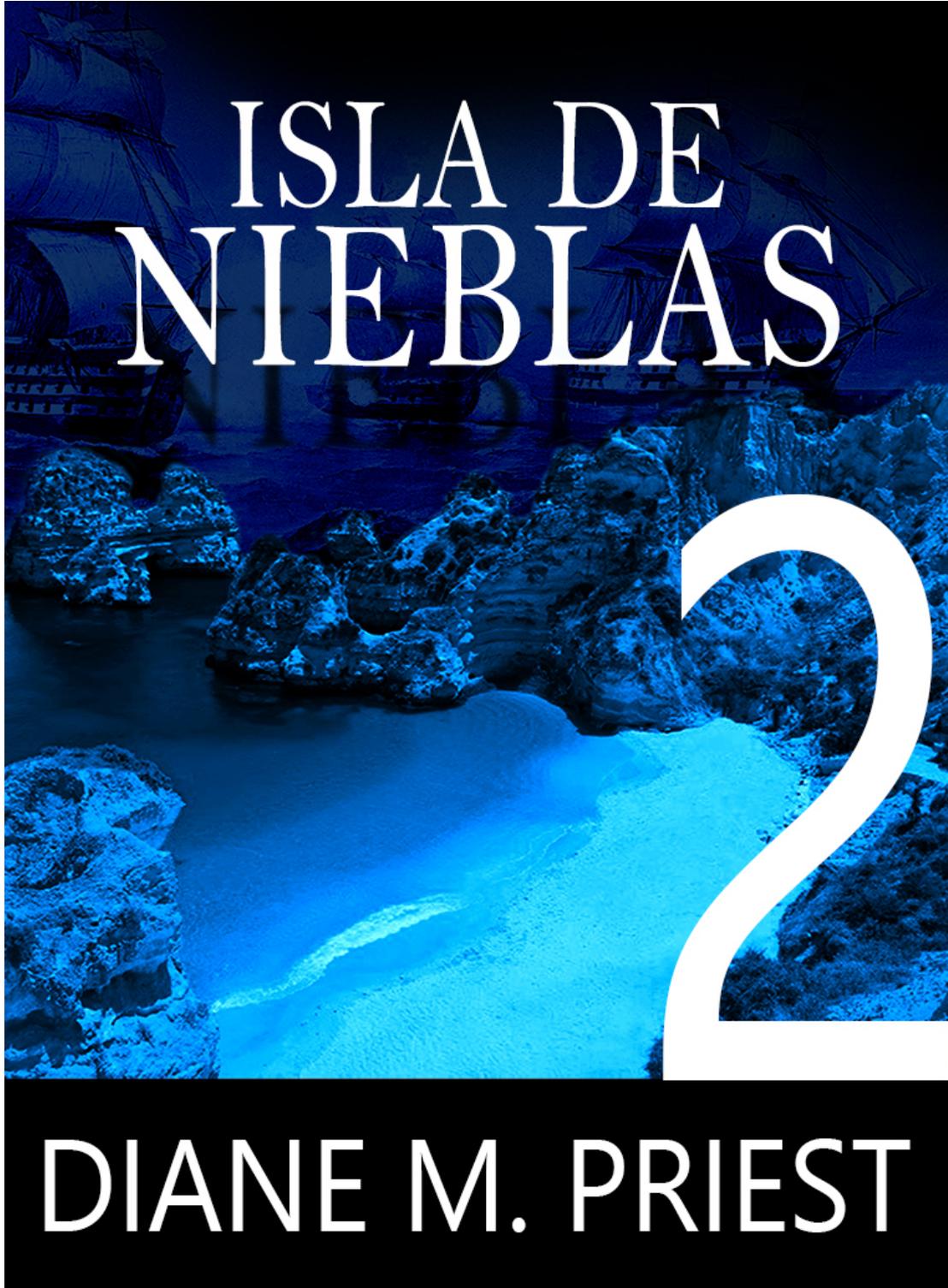


CAPÍTULO II. De amor y de islas.

Diane M. Priest



Capítulo 1

CAPÍTULO II. De amor y de islas. Siglo XVII

El abuelo Onelio Nieblas le había ganado la isla en una partida de naipes al virrey de Nueva España por allá por 1670, y no se volvió a acordar de ella hasta el año de nuestro señor 1673, cuando arrebatado de lujuria y amor, pidió en matrimonio la mano de una criolla cubana al día siguiente de conocerla. La criolla, con dieciocho años recién cumplidos, y quince menor que él, temerosa de lo que murmurarían los vecinos, le dio un no descorazonador a pesar de que le había caído en gracia aquel canario de melena leonada y mil historias que contar. No iba a arriesgar su buena reputación con un hombre tantos años mayor que ella, quien para colmo de males, ostentaba una obscena fortuna que le convertiría en la comidilla de la ciudad.

Era dicharachera y de sonrisa pronta, con un gusto innato por la moda que le habría de acompañar hasta la muerte y un sexto sentido que le achacaba a unas manoseadas cartas de Tarot que consultaba a diario, con un tino que no era más que su infalible instinto de mujer (esas mismas cartas que nunca le anunciaron la llegada de ese hombre alto, bronceado por el sol y la sal de dos océanos, que no solo habría de cambiar su vida sino también sus latitudes). Era demasiado inteligente en un siglo donde el mejor adorno de una mujer era la imbecilidad y demasiado coqueta para la mojigatería de la época, pero le tenía pavor al qué dirán.

Onelio Nieblas, desesperado por convencerla, y sin haber pegado un ojo en las últimas veinticuatro horas, le ofreció una vida de lujos incalculables lejos de los vecinos chismosos, de las buenas amigas mal intencionadas, y de las lenguas afiladas de su propia familia. Una vida donde nadie podría juzgarla por preferir a un hombre que prácticamente podría ser su padre. Pero la criolla, que sabía que el amor hace prometer lo incumplible, le respondió con tono burlón: -¿Y dónde os creéis que vamos a vivir, en una isla desierta?

No estaba preparado para esa pregunta, pero ciertamente tenía lo que hacía falta para responderla: Así que se casaron en menos de un mes, con un fausto que era imposible de explicar en un matrimonio a las carreras. No hubo tiempo de terminar de coser el ajuar ni bordar manteles ni ordenar muebles de la Madre Patria, y el mes entero se les fue en preparativos de cubiertos y comidas para la boda. A pesar de los apuros, más de un siglo después aun se hablaría de aquella fiesta fabulosa a la que no asistieron los reyes porque no les alcanzaba el mes para hacer el viaje desde España hasta el Caribe.

La misma semana que le pusieron fecha a su boda, compraron una enorme barcaza con capacidad para más de cien pasajeros. Era un

armatoste lento y pesado el cual hubo que renovar de prisa para que sus camarotes terminaran adornados con todos los lujos imaginables, y sus bodegas armadas con jaulas de hierro, bebederos y pesebres.

Los fabricantes de la naviera no entendían por qué una pareja que se podía dar el lujo de comprar uno de los rápidos y elegantes bergantines que tanto estaban de moda, se empeñaba en una barcaza faraónica, ancha y grávida como un tonel flotante; pero se apresuraron a armar aquel artefacto cuyo lujo exorbitante no tenía nada que ver con su falta de gracia y su aplastante lentitud.

Se sorprendieron al enterarse que la barcaza que habría de llevar a la flamante pareja en su viaje de novios, habría de cargar también con el pie de la granja que pensaban armar en una isla perdida en medio del Mar Caribe, y a la que ninguno de los dos había ido nunca. Una suerte de Arca de Noé moderna cuyo destino habrían de encontrar guiándose por unas amarillentas cartas de navegación.

Les fue entregada justo el día después de la boda, y Onelio y Otilia, en vez de pasar una luna de miel como Dios manda, se dedicaron a llenar la barcaza de cuanto carnero, gallina, conejo o vaca pudieran encontrar, sacas de grano que compraron por millar, tarimas de carne seca, almohadones de la más fina seda, una vajilla de porcelana de más de cuatrocientas piezas con un relieve de pequeñas flores moradas que era un primor y que parecía que se iba a quebrar no más de mirarla, colchones de plumas hechos para la realeza y cuanto traste y tareco haría falta para un hogar de recién casados. Se hicieron a la mar a los tres días de ser marido y mujer, emocionados casi tanto por la aventura que estaban a punto de emprender como por su recién estrenado matrimonio, y se llevaron con ellos un ejército de animales domésticos que no dejaron de bramar, chillar y revolotear bajo cubierta durante la corta travesía marítima de dos días. Les acompañó también un grupo de veinte negros y negras esclavos, sirvientes desesperanzados que creyeron morir entre el vapuleo del mar y los chillidos de los animales, pero que habrían de florecer en la vida sin clases sociales ni castigos corporales de la isla.

Habían desembarcado en la profunda caleta que les serviría de puerto, pasmados por la blancura de la arena que se extendía ante sus pies, una extensión cegadora que se elevaba hasta desvanecerse entre el agreste verdor que coronaba la isla. Al principio se deleitaron dejando que sus pies se hundieran en la arena finísima, y Otilia correteó por la playa inmensa, riendo a carcajadas ante tanta belleza abrumadora, tanta felicidad prometida. Incluso los negros, temerosos de qué les esperaba en aquella nueva vida, se solazaron en la finura de aquel polvo blanco que les acariciaba los pies.

La delicia de caminar en la arena y el placer de hundirse en ella, pronto se convertiría en tortura, estorbando los pasos de los hombres cargados con

todos los cachivaches y víveres que había que bajar del barco. Los pies se hundían hasta los tobillos y las rodillas se doblaban bajo el peso tambaleante de los fardos. No había otro camino para acceder a la tierra prometida que les aguardaba al final de la suave pendiente.

Excepto por la caleta y su playa, todo el derredor de la isla se hallaba erizado de una marisma de afiladas piedras negras que simulando un agreste planeta inexplorado, la rodeaban por todos lados. Algunos de los negros intentaron inventarse un camino entre el firme terreno que presentaban las rocas de diente de perro y se encontraron apoyándose unos en otros para atravesar la tortuosa explanada de agreste piedra viva. Tropezando y haciendo malabares, lograron con mil trabajos salvar el medio kilómetro que les separaba del verdor que podían vislumbrar desde la playa, y que resultó ser una sólida pared de marabú erizado de espinas, que a Onelio Nieblas le recordó otra isla, en otra vida.

Convencidos que el paso sobre las rocas terminaría con más de uno descalabrado, improvisaron una calzada de lona con las sacas de grano, que aunque no les ofrecía una superficie rígida en que pisar, al menos evitaba que se sumieran en la arena y definitivamente evitaba tener que caminar sobre la escabrosa roca. Durante las semanas siguientes comerían trigo, arroz y cebada reblandecidos y resalados de tanto haber estado sumergidos en agua de mar.

Los primeros días durmieron todos en la barcaza, derretidos en el calor sin brisa de los camarotes del barco anclado, mientras descargaban el sinfín de provisiones, materiales de construcción, herramientas y objetos domésticos que habían sido amontonados sin ton ni son en cualquier esquina del enorme navío, pero pronto se instalaron en la isla, y en cuestión de días habían levantado un improvisado campamento de palos y lonas que les protegía del sol abrasador mientras desbrozaban la explanada central de la isla.

Habían atacado el marabuzal con ímpetus propios de conquistadores. Lo destazaban con machetes y azadones, lo desenraizaban con picos y palas y a como podían, arrastraban los trozos erizados de púas hasta el borde del diente de perro, donde al final del primer día se había amontonado una loma de palos, hojas y espinas digno de un foso feudal, y que pronto se convertiría en combustible para los fogones de piedra donde habrían de cocinar los alimentos diarios.

Para cuando terminaron de abrir una miserable brecha de apenas medio metro de ancho en aquella maleza maldita que les rajaba la piel de tan solo acercársele, la caleta estaba ya llena de montañas de marabú trozado y apenas se vislumbraba el palo más alto de la barcaza anclada allá afuera.

Caminando cuidadosamente para no dejar el pellejo en el intento, Otilia se había sumergido en la brecha recién cortada que atravesaba aquel muro vivo de espinas, sintiéndose como una princesa en un cuento de hadas, y había emergido en el punto culminante de la isla, allá donde la tierra terminaba abruptamente y las olas se estrellaban en la pared de roca vertical con un estrepito de miedo. Ahí, ahí mismo, quería su castillo de cuento de hadas.

A otra menos entusiasmada con la aventura que estaba viviendo, se le habría hecho agotador el tener de que levantar todo desde cero y paso a paso. No para Otilia, a quien la euforia de tener su propia isla, de estar viviendo una vida inimaginada ni en sus más descabelladas fantasías, la hacían encogerse de hombros ante la adversidad y terminaba siendo la primera en atacar cada nuevo proyecto, muerta de risa ante sus propios descabros.

Después de mal componer el entrerramado de lonas, tuvieron que dedicarse a armar unos cuantos bohíos para los negros, y para sí mismos una complicada tienda árabe que habría de albergarles entretanto construían el hogar en que pasar el resto de sus días. Otra tienda, mucho más grande, y aún más difícil de armar, serviría de comedor común. Aunque les sirvió fielmente por más de un año, nunca quedaron convencidos de haberla armado correctamente, y a cada vientecito, cruzaban los dedos pidiendo que no se fuera volando. Y milagrosamente, no se fue.

Ahí mismo destinaron un área para albergar y proteger de los elementos, a todo el mobiliario que habían traído con ellos. Cuidadosamente envueltos en papel encerado y amarrados con trapos y cuerdas, los sofás estilo Luis XV, las camas talladas a mano donde habría de dormir la familia que planeaban tener, las innumerables mesitas de esquina, de centro, de té, de café... se alineaban hilera tras hilera en medio del campamento, esperando a que llegase el día en que una verdadera casa pudiese acogerlos. Cada semana, les sacudían la arena que se había acumulado en los trapos que los envolvían, y Otilia, ilusionada con el futuro que se iba desarrollando ante sus ojos, pasaba junto a los muebles y acariciaba los bultos bajo los cuales apenas se adivinaba su forma.

Lejos de la vida de lujos que Onelio Nieblas le había prometido, su improvisado acampar en esta isla desierta, había sido el comienzo perfecto para un matrimonio que debería estar colmado de bendiciones. Estaban conscientes que vivir en una isla significaba un futuro de escaseces a pesar de la fortuna de fábula que les aguardaba en tierra firme, pero a ninguno de los dos le importó. Otilia Riusech llegó al matrimonio con una docena de vestidos, y nunca tuvo mucha más ropa que eso. -En esta isla no hace falta ni vestirse; si no fuera por los sirvientes, anduviésemos como Adán y Eva - decía siempre. Eso sí, se

ponía color en los labios y se peinaba primorosamente cada mañana y se las arreglaba para lucir majestuosa en sus escasos vestidos, y lo siguió haciendo hasta que se murió de una mala caída a los 73 años.

Su vestido de novia, una monstruosidad vaporosa de encajes, tules y perlas diminutas terminó por equivocación en la barcaza, y Otilia Riusech, muerta de risa ante la idea de qué hacer con aquel armatoste blanco, lo puso a buen uso. Los cientos de metros de encaje de Chantillí de hilo de seda resultaron invaluable como atarraya, y Onelio, con su bagaje isleño, pronto tenía a los negros bien entrenados en cómo llenar de peces las improvisadas redes armadas con el carísimo vestido de novia.

El tema de los zapatos fue harina de otro costal. El calzado de la época, hecho de madera y seda, y con tacones de más de diez centímetros de alto, estaba hecho para bailar en los pisos de mármol de los grandes salones o caminar cuidadosamente por las calles de adoquín de la civilización. No resistían el ajetreo de andar el día entero sobre la roca viva, se hundían en la arena constantemente y terminaban plagándoles los pies de ampollas. A pesar del estricto sentido de la moda de Otilia Riusech, no le quedó más remedio que adoptar las prácticas alpargatas de andar en casa como el calzado oficial de la isla, y su moderna colección de zapatos, enmohecidos y con los tacones retorcidos y quebrados, acabaron por alimentar el fogón de la cocina.

Otilia y Onelio esperaban poblar la isla con sus hijos y los de los esclavos, y durante su apresurado noviazgo, se habían ilusionado con los muchos chiquillos que esperaban tener. Sobre todo a Otilia, que dejaba atrás a los numerosos sobrinos que alegraban sus días, se le antojaba llenar la isla con camada tras camada de nuevos Nieblas. La dura realidad de los primeros meses de su matrimonio, en cambio, hizo evidente que no alcanzaban las fuerzas para domar aquel islote, mal comer y fabricar hijos en los amores cansados del final del día.

Había tanto que desbrozar, plantar, planear y construir, y tanta agua que acarrear, tantas gallinas que alimentar, y tantos carneros que destetar, que lo mismo negros que castizos acababan derrengados cada noche, sin aliento y sin hacer mella en un proyecto que era demasiado ambicioso para veintidós personas. -A este paso, ni para el próximo siglo tendremos familia-, le dijo Otilia a su marido un crepúsculo en que el cansancio les impidió acariciarse más que para darse las buenas noches.

Fue entonces que Onelio Nieblas interrumpió su ya sobresaltada luna de miel, se encaramó de vuelta en su barcaza y se fue a contratar ayuda. Regresó con una cuadrilla de cincuenta hombres fuertes y bien comidos, que en un año y medio acabaron con el marabuzal que cubría los once kilómetros cuadrados de la isla, abrieron huecos y llenaron desniveles, levantaron paredes y colaron techos, armaron graneros y trazaron caminos. Y construyeron y dejaron lista para habitarse una enorme casa

de piedra y herrería que albergaría a las futuras generaciones de Nieblas. Diseñada más por la intuición de Otilia que por los conocimientos de construcción de los hombres, la casa terminó siendo un palacete estoico y severo, que soportaría los embates del mal clima y el ataque pernicioso del salitre hasta el fin de los siglos.

Al ver bajarse de la barcaza a la cuadrilla de constructores, Otilia Riusech supo que tendría que redoblar sus esfuerzos pues ahora eran casi cien bocas que alimentar, así que dividió a los negros en brigadas que se turnaban para hacer lo más importante en una isla desierta: buscar comida y acarrear agua fresca del manantial. A diario se diseminaban por todos lados, cada uno a sus labores asignadas: las mujeres a la huerta y a atender a los animales domésticos, los hombres a pescar, a buscar cangrejos, a recolectar moluscos en las rocas del farallón y a cebar las trampas para atrapar pulpos en las zonas bajas de la costa. Era un trabajo ingente, pero para los negros, acostumbrados a las duras jornadas cortando caña en los cañaverales de Cuba, era un bien merecido descanso. Cada mediodía regresaba aquella tropa de hombres morenos y sudorosos, cargados con los más diversos regalos del mar, que las mujeres convertían entonces en succulentos platos. En las tardes, los negros se metían de vuelta al mar, acompañados de enormes picas y cubetas, y destazaban la piedra caliza del fondo de la caleta, acarreando enormes trozos de roca hasta el punto más lejano de la isla, allá donde el humo no les fundiría los pulmones, y ahí les prendían fuego para convertirlas en cal.

Onelio Nieblas, entretanto, se encargó de dirigir la construcción de la casona. La parte práctica del diseño, como dónde ubicar las alacenas, o de qué lado orientar los patios, la dejó en manos de su mujer, con quien se iba acostumbrando a discutir cada paso del proyecto. Entusiasmado con la hercúlea obra de construir una casa en aquel rincón perdido en medio del mar, y para aprovechar el fresco de las horas más tempranas, se levantaba con los primeros rayos del sol. Mientras Otilia Riusech se tapaba la cabeza con un almohadón intentando aferrarse a los últimos minutos de sueño, su marido aporreaba una vieja olla que a modo de gong habían colgado de la puerta del improvisado comedor, y para cuando daban las seis de la mañana, ya desayunados y con las herramientas al hombro, la larga fila de hombres encabezada por el dueño de la isla, se desplazaba hasta el borde del farallón, donde poco a poco la casona iba tomando forma en el punto más alto de la isla.

Entonces comenzaba el ruido que habría de acompañarles cada día desde las seis de la mañana hasta que los constructores bajaban sus martillos al crepúsculo. El pang de los picos arrancando trozos de piedra del suelo de la isla. El tin tin tin de las hachuelas dándole forma a los trozos de piedra para que embonaran unos con otros y levantar las paredes con ellos. El shash shash de los cernidores donde lavaban la arena. El bang de los trozos de piedra caliza cayendo al suelo allá donde habían levantado un

gigantesco horno para quemar la piedra.

Otilia emergía de su tienda árabe a las ocho de la mañana, inmune al ruido de la construcción, fresca y lista para enfrentar el día, con una taza de café en una mano y sus cartas del Tarot en la otra. Se sentaba en el montón de cojines de seda que ocupaban el pórtico de la tienda árabe, y entre sorbo y sorbo de café, iba descubriendo qué les depararía el destino durante las próximas veinticuatro horas. Las primeras veces que las lecturas le hablaron de tragedias y desastres, intentó quedarse refugiada en su tienda, a sabiendas de cuántas cosas pueden ir mal en medio de una construcción rodeada de rocas y mar. Pero las sirvientas la importunaban tanto preguntando qué hacer con los pargos del almuerzo, cuánta sal ponerle al arroz, o si dejar que las gallinas se echaran sobre los huevos o quitárselos, que terminaba encomendándose a todos los espíritus guardianes que por ahí rondasen, y salía a ocuparse de las labores de matrona que le habían tocado.

En la noche, arropada entre almohadones y sábanas y a salvo ya de las tragedias anunciadas y nunca cumplidas, se santiguaba agradecida, mezclando una creencia con otra, como habría de hacer siempre que el destino la importunaba. Su fe en sus lecturas diarias era incommovible y en lugar de cuestionar su habilidad para leer las cartas, habría de concluir cada vez, que los diseños del Tarot también son inescrutables.

Entre los negros esclavos, destacaba una congolese a quien los otros trataban con deferencia, casi con un temor reverente. Otilia Riusech habría de enterarse pronto que era una conocida adivina y curandera, cuyos brebajes podían aliviar sabañones, terminar embarazos y devolver el vigor sexual a los hombres. Hasta comentaban las otras negras que con un soplando de sus polvos mágicos podía terminar la vida de una persona en cuestión de segundos. Observándola cada mañana, la congolese se había dado cuenta que Otilia encausaba sus días y sus actos, basada en las lecturas de las cartas. Una noche en que la ayudaba a preparar su baño de antes de dormir, la congolese le hizo un comentario al vuelo, que no pasó desapercibido para Otilia, y un par de días después a la primera oportunidad que tuvo de quedarse sola con la negra, le pidió ayuda. Esta, sin los tapujos propios de los esclavos de tierra firme, que temían las represalias de los blancos por demostrar su fe, le mostró cómo leía el pasado y predecía el futuro tirando al suelo una miriada de caracoles, y después verificaba sus lecturas lanzando una serie de huesecillos que, según le informó a Otilia, solo respondían con sí o nos.

Aunque la vista de los pequeños huesos humanos habría de darle grima, Otilia Riusech decidiría sin pensarlo mucho, que no importaba el método para comunicarse con el más allá, siempre que pudiera entrever el futuro que le aguardaba.

La congolesa, aunque no había visto un Tarot antes en su vida, viendo los aciertos y desaciertos de Otilia, fue haciéndose una idea de qué estaba haciendo mal. Con la sabiduría de los pueblos ancestrales, la enseñó a orientar las cartas hacia el Este buscando la energía del sol que nace, a evitar objetos pesados como columnas o rocas entre las cartas y el horizonte, y a dar gracias antes y después de cada lectura a todos los santos y espíritus de todas las razas y colores, que pudieran estar presentes y murmurándole las respuestas al oído.

El resultado fue casi palpable: Otilia Riusech habría de ser capaz a partir de entonces, de predecir las grandes catástrofes que podrían torcerles el rumbo, y las pequeñas de cada día, que les harían la vida incómoda. Aunque no sería capaz de evitarlas, pues según le explicó la congolesa, una vez que el destino es develado, ya está escrito en piedra, esta visión le habría de servir para navegar con más aciertos los tropiezos de la vida.

A las cuatro de la tarde, justo antes de que empezara la hora de los mosquitos, Onelio dejaba la obra en manos de los constructores y se iba a duchar en un diminuto baño que se había hecho construir entre las rocas de la caleta, donde le esperaban una bola de jabón de sebo y una pequeña cubeta de agua fresca. Se restregaba con agua de mar y aquel jabón que apenas hacía espuma, quitándose las horas de sudor y arena de encima, y terminaba enjuagándose con la escasa cubeta de agua fresca, un verdadero lujo en aquel mundo dominado por la sal. Entonces se sentaba en un saliente del acantilado, dejando que el cansancio del día le arrullara, mientras cebaba su larga vara de pescar, y esperaba a que Otilia terminara su quehacer diario y se fuera a sentar con él, solos los dos, a salvo de los mosquitos en aquella punta sacudida por el viento incesante del Este, donde ni las gaviotas conseguían volar a derechas.

Hubiera dado la vida para complacer a su mujer hasta en sus más caprichosos antojos, y la elección del piso de la casona puso a prueba su resolución de hacerla feliz sin siquiera chistar.

Cuando se aprestaba a regresar a tierra firme para comprar las losas que habrían de revestir los pisos de la casa, le preguntó a Otilia qué le gustaría. Ella, ocupada en la cocina, embarrada de tripas de pescado hasta los codos, le contestó con un ademán trivial que lo que él quisiera. Unos días más tarde, mientras los trabajadores descargaban la barcaza de miles de losas de mármol de carrara gris, Otilia se horrorizó: -Eso parece el piso de un cementerio. Es imposible criar hijos felices en una casa con un piso tan tétrico.

Su marido, con una paciencia de santo que ni siquiera él mismo sabía que poseía, ordenó llevar las losas de regreso al barco, y por segunda vez le preguntó a Otilia que le gustaría. Ella, tras pensarlo bien, le pidió pisos

blancos con algún diseño morado, que era su color favorito.

Esa misma tarde se hizo Onelio a la mar, seguro de encontrar exactamente lo que su mujer le había pedido. Al llegar a la civilización, sin embargo, se encontró con que había cientos de diseños diferentes de fondo blanco, unos con flores, otros con hojas, con estrellas, con arabescos, con líneas, con triángulos, con óvalos o con recuadros morados. Aturdido con la inmensa selección, optó por comprar una docena de pisos diferentes y una semana después, cuando atracó la barcaza de nueva cuenta en la isla, trayendo su caprichoso cargamento, Otilia no pudo decidir cuáles losas le gustaban más. Se emocionaba con cada nuevo diseño que su marido ponía a sus pies, todos tan exquisitos como el anterior, así que, incapaz de elegir uno solo, decidió que la casa tuviese un piso distinto en cada habitación. Fue así que aquella elegante mansión, cuyas sobrias líneas le daban un aire clásico, terminó con un desorientante batiburrillo de losas diferentes.

Aquella adolescente de sonrisa pronta y respuestas rápidas, se había convertido a sus dieciocho años, en el motor impulsor de la isla, tomando decisiones de adulto, y acertando en cada una de ellas. Cantaba todo el día, mientras iba de un lado a otro dando órdenes, corrigiendo la sal de los platos, organizando el ordeño de las vacas, señalando cuáles de las gallinas terminarían en un caldo aquella tarde o decidiendo cuántas ventanas tendría la casa por el lado Este y cuán ancho sería el patio trasero. Era imparable e irradiaba una energía y una felicidad que inundaban a sirvientes y constructores por igual, y que llenaban de gozo el corazón de Onelio Nieblas, seguro de que había elegido la mujer correcta.

Cuando estuvo lista la casa, se aprestaron a desempacar los muebles estilo Luis XV, que habían guardado celosamente, protegiéndolos del sol y la sal, solo para descubrir que los cangrejos habían mordisqueado las patas de todas y cada una de las piezas. Eso no fue impedimento para los recién casados, que felices procedieron a amueblar la casona llena de ecos y luz, con sus muebles despatarrados. Se habrían de sentar sin tapujos en las sillas medio cojas del comedor, y armarían unas deliciosas tertulias para dos, apoltronados en los magníficos muebles de roble blanco y terciopelo dorado, que se remeneaban al compás de sus risas o sus discusiones. Y en aquella misma cama enorme habrían de concebir, a pesar de su cojera, a todos los hijos que bendecirían su matrimonio.

Amoblada con sus cojeantes sofás y sus nada confiables mesas, la enorme casona gris terminó siendo una verdadera obra de arte (y de ingeniería), que soportaría el embate continuo de los vientos y la lluvia. Con dos plantas que se abrían al paisaje en una miríada de ventanales de piso a techo, estaba rodeada por portalones por los cuatro costados. Sus techos altísimos que dejaban escapar el calor, su umbrío patio interior abarrotado de orquídeas y plantas de flores blancas y moradas, y los pórticos siempre

abiertos a la brisa, daban como resultado un refugio fresquísimo contra el calor del Caribe. Una escalinata de mármol (esa sí, de pisos de Carrara gris), con un intrincado barandal de hierro forjado coronado en un pasamanos de caoba tallada, conectaba la planta baja con el piso de arriba donde doce dormitorios sobremiraban el patio interior por un lado y el mar centelleante por el otro, en una ininterrumpida vista de trescientos sesenta grados.

Aun cuando la cuadrilla de constructores diera por terminada su obra y fueran devueltos por donde vinieron dieciocho meses más tarde, los rigores del Caribe no le darían tregua a los recién casados. Aún había que atender la huerta, hacer maravillas para que siguiera fluyendo el único manantial de la isla, mantener el salitre a raya y evitar que las gallinas se suicidaran saltando del acantilado al mar, pero para entonces, ya eran una maquinaria bien aceiteada, y el trabajo fluía sin tropiezos en aquel paraíso que Onelio y Otilia habían soñado y que continuaría reverberando en los sueños de sus descendientes.

El problema más urgente para aquellos pioneros era la falta de verduras frescas. Aunque una vez al mes Onelio y un par de sirvientes hacían el trayecto a tierra firme y regresaban cargados de frutas, hierbas, azúcar de caña y sacas y más sacas de café (que bebían incesantemente como el único remedio para espantar el cansancio), a los cuatro o cinco días las hierbas se habían derretido en el calor y las frutas estaban cubiertas de manchas marrones por todos lados. Así que cada día se arrodillaban las negras en la escasa tierra, intentando convencer a aquel suelo arenoso y reseco, para que pariera alguna que otra desmirriada planta. Con sus manos hábiles y sus cánticos tristes intentaban, con poco éxito, que las plantas se enraizaran. Nunca se imaginaron que dos generaciones después, los frijoles y la sandía, la calabaza y la cebolla, habrían de inundar aquella esquina de la isla y la batalla sería entonces para contener su ímpetu y evitar que lo cubrieran todo.

Tanto escarbaron, regaron y sembraron las primeras mujeres de la isla, que mal que bien, al final de cada cosecha, lograron llenar las cojas mesas con berro, lechuga y albahaca, y en contadas ocasiones, hasta sirvieron repollos, tomates y ajíes.